

labrador y Don Quixote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así comenzó á decir á voces: abran Vuestras Mercedes al señor Valdovinos, y al señor Marques de Mantua, que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarráez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváez, Alcayde de Antequera. Á estas voces salieron todos, y como conocieron, los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. El dixo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese, si fuere posible, á la sabia Urganda que cure y cate de mis heridas. Mira, en hora mala, dixo á este punto el Ama, si me decia á mí bien mi corazon del pie que coxeaba mi señor. Suba Vuestra Merced en buen hora, que sin que venga esa urgada, le sabremos aquí curar. Malditos digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á Vuestra Merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las heridas, no le hallaron ninguna, y él dixo que todo era morlimiento, por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo, combatiéndose

con diez jayanes, los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiaguada, que yo los quemé mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á Don Quixote mil preguntas y á ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diesen de comer, y le dexasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hizose así, y el Cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que habia hallado á Don Quixote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el Licenciado de hacer lo que otro día hizo; que fué llamar á su amigo el Barbero Maese Nicolas; con el qual se vino á casa de Don Quixote.

## CAPÍTULO VI.

*Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.*

El qual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la Sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron

dentro todos, y la Ama con ellos, y halláron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños: y así como el Ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dixo: tome Vuestra Merced, señor Licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las <sup>15</sup> que les quedamos dar, echandolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de que trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dixo la Sobrina, no hay para que perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimerero dellos, y pegarles fuego, y si no llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dixo el Ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; mas el Cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los titulos. Y el primero que Maese Nicolas le dió en las manos fué los

quatro de *Amadis de Gaula*, y dixo el Cura: parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerias que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una secta <sup>16</sup> tan mala le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el Barbero, que tambien he oido decir, que es el mejor de todos los libros, que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dixo el Cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dixo el Barbero, *Las Sergas de Esplandian*, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora Ama, abrid esa ventana, y echáde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hizolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el Barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linage

de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que á trueco de quemar á la Reyna Pintiquiniestra, y al pastor Darinel y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduiera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dixo el Barbero: y aun yo, añadió la Sobrina. Pues así es, dixo el Ama, venga, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella aborrió la escalera, y dió con ellos por la ventana abaxo. ¿Quien es ese tonel? dixo el Cura. Este es, respondió el Barbero, *Don Olivante de Laura*. El autor dese libro, dixo el Cura, fué el mesmo que compuso á *Jardín de Flores*, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, ménos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dixo el Barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura: pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él, y con esotro, señora Ama. Que me place, señor mio,

respondia ella, y con mucha alegría executaba lo que le era mandado. Este es *El Caballero Platir*, dixo el Barbero. Antiguo libro es ese, dixo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia, acompañe á los demas sin réplica, y así fué hecho. Abrióse otro libro, y viéron que tenia por título *El Caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir, tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dixo: este es *Espejo de caballerias*. Ya conozco á su merced, dixo el Cura: ahí anda el señor Reynáldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texió su tela el christiano poeta Ludovico Ariosto, al qual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dixo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos

le entendiérades, respondió el Cura, y aquí le perdonáramos al señor Capitan, que no le hubiera traído á España, y hecho castellano: que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto que este libro y todos los que se hallaren, que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando <sup>17</sup> á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen christiano, y tan amigo de la verdad que no diria otra cosa, por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra*, lo qual visto por el Licenciado, dixo: esa Oliva se haga luego rajas y se quemé, que

aun no queden della las cenizas, y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caxa como la que halló Alexandro en los despojos de Dario, que la diputó para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas, la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas, y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolas, que este y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el Barbero, que este que aqui tengo es el llamado *Don Belianis*. Pues ese, replicó el Cura, con la segunda, tercera y quarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les da término ultramarino, y como se

enmendaren , así se usará con ellos de misericordia ó de justicia , y en tanto tenedlos vos , compadre , en vuestra casa , mas no los dexéis leer á ninguno. Que me place , respondió el Barbero , y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías , mandó al Ama , que tomase todos los grandes , y diese con ellos en el corral. No se dixo á tonta ni á sorda , sino á quien tenía mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera , y asiendo casi ocho de una vez , los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos , se le cayó uno á los pies del Barbero , que le tomó gana de ver de quien era , y vió que decia : *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Válame Dios , dixo el Cura , dando una gran voz , ¡ que aquí esté Tirante el Blanco ! Dádmelo , compadre , que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento , y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Kirieleison de Montalvan , valeroso caballero , y su hermano Tomas de Montalvan , y el caballero Fonseca , con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano , y las agudezas de la doncella Placerdemivida , con los amores y embustes de la viuda Reposada , y la señora Emperatriz enamorada

de Hipólito su escudero. Digoos verdad , señor compadre , que por su estilo es este el mejor libro del mundo : aquí comen los caballeros , y duermen y mueren en sus camas , y hacen testamento ántes de su muerte , con otras cosas , de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo , que merecia el que lo compuso , pues no hizo tantas necedades de industria , que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa , y leelde , y veréis que es verdad quanto dél os he dicho. Así será , respondió el Barbero : pero ¿ que harémos destes pequeños libros que quedan ? Estos , dixo el Cura , no deben de ser de caballerías , sino de poesía : y abriendo uno vió , que era *La Diana de Jorge de Montemayor* , y dixo : (creyendo que todos los demas eran del mesmo género) estos no merecen ser quemados como los demas , porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho , que son libros de entendimiento , sin perjuicio de tercero. ¡ Ay señor ! dixo la Sobrina , bien los puede Vuestra Merced mandar quemar como á los demas : porque no sería mucho , que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca , leyendo estos se le antojase de

hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dixo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el Barbero, es *La Diana*, llamada: *Segunda del Salmantino*, y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es *Gil Polo*. Pucç la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciete el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo: y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dixo el Barbero, abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por *Antonio de Lofraso*, poeta Sardo. Por las órdenes que recibí, dixo el Cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y

los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de quantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado, que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole á parte con grandisimo gusto, y el Barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El Pastor de Tiberia*, *Ninfas de Henares*, y *Desengaños de zelos*. Pues no hay mas que hacer, dixo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del Ama, y no se me pregunte el porque, que sería nunca acabar. Este que viene es *El Pastor de Filida*. No es ese pastor, dixo el Cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este grande que aqui viene se intitula, dixo el Barbero, *Tesoro de varias Poesias*. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: menester es, que este libro se escarde y limpie de algunas baxeças, que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el Barbero,

*El Cancionero de Lopez Maldonado.* También el autor dese libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las Églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Pero que libro es ese que está junto á él? *La Galatea de Miguel de Cervantes*, dixo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el Barbero, y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana de Don Alonso de Ercilla*, *La Austriada de Juan Rufo*, *Jurado de Córdoba*, y *El Monserrato de Crisóval de Virius*, poeta valenciano. Todos esos tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia, guárdense como las

mas ricas prendas de poesia que tiene España. Cansóse el Cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen; pero ya tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba: *Las lágrimas de Angélica*. Lloráralas yo, dixo el Cura, en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

## CAPÍTULO VII.

*De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quixote de la Mancha.*

ESTANDO en esto, comenzó á dar voces Don Quixote, diciendo: aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanós llevan lo mejor del torneó. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y así se cree que fuéron al fuego sin ser vistos ni oídos *La Carolea*, y *Leon de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por Don Luis de Avila, que sin duda debian

de estar entre los que quedaban, y quizá si el Cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron á Don Quixote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volviéron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dixo: por cierto, señor Arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dexar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneó á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle Vuestra Merced, señor compadre, dixo el Cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana, y atienda Vuestra Merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dixo Don Quixote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia,

porque ve, que yo solo soy el opuesto de sus valentias; mas no me llamaria yo Reynáldos de Montalvan, si en levantándose deste lecho no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora trayganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quedése lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el Ama quantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debiéron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la perezosa del escrutinador <sup>19</sup>, y así se cumplió el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero diéron por entónces para el mal de su amigo, fué que le mirasen y tapiasen el aposento de los libros, porque quando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa, cesaria el efeto) y que dixesen, que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quixote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le ha-



bia dexado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su Ama, que hácia que parte estaba el aposento de sus libros. El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dixo: ¿que aposento, ó que nada busca Vuestra Merced? Ya no hay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la Sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que Vuestra Merced de aqui se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dexó la casa llena de humo: y quando acordamos á mirar lo que dexaba hecho, no vimos libro, ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien á mí y al Ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento, dexaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dixo tambien que

se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dixo Don Quixote. No sé, respondió el Ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Así es, dixo Don Quixote, que ese es un sabio encantador grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo, que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el Cielo está ordenado. Quien duda de eso, dixo la Sobrina; pero quien le mete á Vuestra Merced, señor tio, en esas pendencias? ¿no será mejor estar-se pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrogo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados? ¡Ó Sobrina mia! respondió Don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta: primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á quantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque viéron que se le encendia la cólera. Es pues el caso,

que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devancos, en los quales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero, sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quixote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre) pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dixo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salir con él y servirle de escudero. Deciale entre otras cosas Don Quixote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna Insula, y le dexase á él por Gobernador della. Con estas promesas y otras tales, *SANCHO PANZA* (que así se llamaba el labrador) dexó su muger y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quixote orden en

buscar dineros: y vendiendo una cosa, y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asímesmo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester: sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dixo que sí llevaria, y que asímesmo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco Don Quixote, imaginando si se le acordaba, si algun caballero andante habia traído escudero caballero asalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo qual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y muger, ni Don Quixote de su Ama y Sobrina, una noche se

saliéron del Lugar sin que persona los viesse, en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un Patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho desseo de verse ya Gobernador de la Insula que su amo le habia prometido. Acertó Don Quixote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia ántes tomado en su primer viage, que fué por el Campo de Montiel, por el qual caminaba con ménos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dixo en esto Sancho Panza á su amo: mire Vuestra Merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la Insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. Á lo qual respondió Don Quixote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer Gobernadores á sus escuderos de las Insulas ó Reynos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, ántes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y qui-

zá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun titulo de Conde, ó por lo ménos de Marques de algun Valle ó Provincia de poco mas á ménos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que ántes de seis dias ganase yo tal Reyno, que tuviese otros á él adherentes, que viniesen de molde para caronarte por Rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros, por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Dessa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese Rey por algun milagro de los que Vuestra Merced dice, por lo ménos Juana Gutierrez mi oislo vendria á ser Reyna, y mis hijos Infantes. ¿Pues quien lo duda? respondió Don Quixote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios Reynos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedis para Reyna, Condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió Don Quixote, que él le <sup>11</sup> dará lo

que mas le convenga: pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con ménos que con ser Adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en Vuestra Merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien, y yo pueda llevar.

## CAPÍTULO VIII.

*Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.*

En esto descubrieron treinta ó quarenta molinos de viento que hay en aquel Campo, y así como Don Quixote los vió, dixo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear: porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Que gigantes? dixo Sancho Panza.

Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire Vuestra Merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran: antes iba diciendo en voces altas: non fuyádes, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo qual visto por Don Quixote, dixo: pues aunque mo-

vais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y en vistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y quando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dixo Sancho: ¿no le dixes yo á Vuestra Merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que las cosas de la guerra mas que otras están sujetas á continua mudanza: quanto mas, que yo pienso, y es asi verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la



*Indra y An. "Cofre con la drag." Simon Briccon. In quibus in Madrid 1700*

enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante que medio despaldado estaba, y hablando en la pasada aventura, siguiéron el camino del puerto Lápice, porque allí decia Don Quixote que no era posible dexar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasagero: sino que iba muy peseroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dixo: yo me acuerdo haber leído que un caballero Español llamado Diego Perez de Várgas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamáron desde aquel dia en adelante Várgas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo

de cosas que apenas podrán ser creídas. Á la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo así como Vuestra Merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser molimiento de la caída. Así es la verdad, respondió Don Quixote, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que Vuestra Merced se quejara quando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiene tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dexó de reir Don Quixote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse, como y quando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entónces no habia leído cosa en contrario en la órden de caballería. Díxole Sancho, que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo, que por entónces no le hacia menester, que comiese él quando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las

alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo, muy de espacio, y de quando en quando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasáron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quixote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leído en sus libros, quando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que mu-

chas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche ántes, y affigiosele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornáron á su comenzado camino del puerto Lápicé, y á obra de las tres del día le descubriéron. Aquí, dixo en viéndole Don Quixote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras: mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defendermé, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fuéren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que Vuestra Merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad, que en lo que tocáre á defender mi persona, no tendré mu-

cha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo ménos, respondió Don Quixote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tambien como el día del domingo. Estando en estas razones, asomáron por el camino dos frayles de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con quatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaína, que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frayles con ella, aunque iban el mesmo camino: mas apenas los divisó Don Quixote, quando dixo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer



este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dixo Sancho: mire, señor, que aquellos son frayles de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quixote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oír lo que dixese, en alta voz dixo: gente endiablada y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas que en ese coche llevais forzadas; si no aparejáis á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuviéron los frayles las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quixote, como de sus razones, á las cuales respondieron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dixo Don Qui-

xote: y sin esperar mas respuesta, picó á Rocinante, y la lanza baxa arremetió contra el primero frayle, con tanta furia y de miedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al frayle, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frayles, y preguntáronle, que porque le desnudaba. Respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quixote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quixote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y diéron con él en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas le molieron á coces, y le dexáron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido: y sin detenerse un punto, tornó á subir el frayle todo temeroso

y acobardado y sin color en el rostro: y quando se vió á caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en que paraba aquel sobresalto: y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguiéron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quixote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed, que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, caballero andante y aventurero <sup>21</sup>, y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recebido, no quiero otra cosa, sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Quixote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino: el qual viendo que no queria dexar pasar el co-

che adelante, sino que decia, que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quixote, y asiéndole de la lanza le dixo en mala lengua castellana, y peor vizcaina desta manera: anda, caballero, que mal andes, por el Dios que crióme, que si no dexas coche, así te matas como estás ahí vizcaino. Entendióle muy bien Don Quixote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo qual replicó el vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como christiano: si lanza arrojas, y espada sacas, el agua quan presto verás, que al gato llevas: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo verédes, dixo Agráges, respondió Don Quixote: y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino, con determinacion de quitarle la vida. El vizcaino, que así le vió venir, aunque quisiera apear-se de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada: pero avínole bien que se halló junto al co-

che, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones, que si no le dexaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama, y á toda la gente que se lo estorbaba. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviasse de allí algun poco, y desde léjos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la qual dió el vizcaino una gran cuchillada á Don Quixote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dió una gran voz diciendo: ó señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurar-lo todo á la de un solo golpe. El vizcai-

no que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su corage, y determinó de hacer lo mesmo que Don Quixote: y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niferías no podia dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, Don Quixote, contra el cauto vizcaino, con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaino le aguardaba ansimesmo, levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban, y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de Don Quixote de las que dexa referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso

creer que tan curiosa historia estoviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratesen: y así con esta imaginacion, no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el qual, siéndole el Cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte \*\*.

## VARIANTES

## DE ESTE TOMO PRIMERO.

*Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.*

1 **P**rólogo pág. *ccxlv*. Se puede remediar con que vos *mesmo* tomeis algun trabajo en hacerlos. En donde la primera edicion de 1605 dice: *mesmo*, *asimesmo*, *ansimesmo*, la segunda de 1608 dice constantemente: *mismo*, *asimismo*, *ansimismo*, lo que se advierte aquí de una vez para evitar la repeticion de notas sobre una misma cosa.

2 Prólogo pág. *ccclviii*. El *melancólico* se mueva á risa. *La segunda*: el *malencólico* se mueva á risa.

3 En los versos pág. *ccclx*. *Contarás* las aventu- *La segunda*: *cantarás* las aventu-

4 Pág. 6. *Únas* armas que habian sido de sus *bisabuelos*. *La segunda*: unas armas que habian sido de sus *bisagüelos*.

5 Pág. 9. Yo, *señora*, soy el gigante Caraculiambro. *La segunda*: yo soy el gigante Caraculiambro.

6 Pág. 15. Vió á las dos *destraidas* mozas. *La segunda*: vió á las dos *distraidas* mozas.

7 Pág. 20. El pan *candéal*. *La segunda*: el pan *candial*.

8 Pág. 26. *Admiráronse* de tan extraño